nociones reside en que yo puedo suprimir, si quiero, en mi pensamiento, la cosa extensa y no puedo suprimir la cosa que piensa, el espíritu, el yo: Cógito ergo sum. Por tanto, el espíritu es el único principio indudable y todo corresponde al espíritu. Leibnitz admite la misma verdad; pero no admite cosas extensas puramente inertes: el fondo de todas las cosas es la fuerza, nada está absolutamente inmóbil en la naturaleza, todo vive, todo se anima, todo se mueve. Hasta los mismos cuerpos se reducen á sustancias activas análogas á nuestras almas: lo que llamamos materia no es más que un fenómeno. En tanto que Leibnitz insiste principalmente sobre la individualidad de los séres y reduce los compuestos á simples que llama mónades, Malebranche y Spinosa se fijan sobre todo en la *unidad* de las cosas; el uno (Malebranche) debilita tanto la actividad de las criaturas que Dios se queda solo como causa única y universal; y el otro no solo suprime en los séres finitos toda causalidad, sino toda sustancialidad y los reduce á *modos* de la sustancia infinita. Pero de esta doble exageracion resulta siquiera la ventaja de que resaltaba más y más el principio de la unidad universal.

Finalmente la filosofía alemana de nuestro siglo (Kant y Hegel) tomando por su cuenta el principio de Descartes (cógito) muestra en el *pensamiento* el principio último y absoluto de todas las cosas y hasta en la naturaleza no ve más que un grado inferior del pensamiento y del espíritu; es el idealismo de Platon profundizado, al que solo falta para ser verdad el sentimiento de la *personalidad*, ya en el hombre, ya en Dios (Maine de Biran y Schelling en su última filosofía). Tales son las principales fases que ha recorrido la metafísica, y este sencillo bosquejo bastaria

para demostrar que no se ha quedado en la inamovibilidad y la esterilidad que sus adversarios suponen." *(Tratado elemental de Filosofía por Janet. Trad. Esp.* 1882, *pág.* 873 *y siguientes.)*

42. *Consideraciones generales sobre la Filosofía, su objeto y sus métodos.*—En notas anteriores hemos demostrado que la metafísica ha progresado y que sus progresos han sido en gran parte el resultado de los de las ciencias positivas. Pero la filosofía no se reduce á solo la metafísica, sino que, tomada en su acepcion más lata, que es la etimológica, puede considerarse y así la consideramos nosotros, como la síntesis de todos los conocimientos, lo que tambien acepta el positivismo. Existe sin embargo, una diferencia radical entre esta doctrina y la nuestra, y depende de que, mientras aquella escuela solo abraza en su cuadro las ciencias que ella llama positivas, nosotros admitimos tres clases de ciencias; á saber: las de relaciones, las de hechos ó fenómenos, y las de orígenes y causas.

El título modesto de filósofos que adoptaron los pitagóricos, significa *amantes de la sabiduría* y "la sabiduría, dice Ciceron, segun la definicion de los mismos filósofos, es la ciencia de las cosas divinas y humanas y de los principios que esas cosas contienen." (de Officiis, L. II, c. 2.) Podrá decirse que si el nombre es modesto, la definicion de la filosofía misma en este sentido, es presuntuosa. Sin embargo, establecer el objeto y alcances de una ciencia, no quiere decir que el hombre consiga agotar en esa ciencia todo lo que se encierra en su definicion. Si la historia natural por ejemplo, tiene por fin describir los séres de cada uno de los tres reinos de la naturaleza, no quiere esto decir que un tratado que lleva aquel título los describa to-

dos, ni mucho ménos que la descripcion de cada uno de ellos sea tan completa que nada deje que desear. Si pues aceptando la definicion que se desprende de la etimología de la palabra filosofía, la consideramos como la ciencia de las cosas divinas y humanas, lo único que esto significa es, que aquella ciencia en su más lata acepcion, tiene por objeto el Universo, sus fenómenos y sus causas, ó lo que es lo mismo, que es como hemos dicho, la síntesis de todas las ciencias, ó sea la ciencia universal.

Pero en todos los órdenes del saber humano, hay y ha habido en todos los tiempos, grados diversos de certidumbre y de progreso, porque son tambien diversos los medios de que puede disponer la inteligencia en la investigacion, segun la naturaleza de los objetos propios de cada ramo de ese saber. Así por ejemplo, se sabe más y en general con más certidumbre, en matemáticas que en algunos ramos de las ciencias físicas, y más en éstas que en las ciencias que investigan las causas remotas de los fenómenos, y esto no impide que en nuestra época se coloquen en el cuadro de las ciencias, al lado de las matemáticas, la biología, la geogenia y la sociología. Varios distinguidos positivistas han dado ya lugar en la ciencia positiva á la psicología aunque experimental, pero con relativa independencia de la fisiología; y algunos como Stuart Mill *(Lógica, Lib VI, cap. V)*, juzgan que debe haber una ciencia especial relativa á la formacion del carácter del individuo y de los pueblos, la que debiera llevar el nombre de Ethología. Se ve pues; que los mismos filósofos adictos al positivismo, extienden más ó ménos los límites de la ciencia, segun sus apreciaciones individuales; que reconocen que la razon puede traspasar los límites del empirismo haciendo deducciones de los hechos que se observan; y que aun han imaginado ciencias no constituidas y que evidentemente pertenecen en cierto modo, al dominio de lo que se ha llamado metafísica.

En nuestro sistema de clasificacion, nosotros hemos hecho otro tanto, imaginando ciencias que, si no están formadas, corresponden todas á una necesidad del espíritu humano. Mas á cada una le asignamos el mismo método que á las demas ciencias racionales que admite el positivismo, y esto se descubre no solo en la colocacion que les hemos dado despues de las ciencias fenomenales y de relaciones, sino aun por el órden y gerarquía de cada una de ellas respecto de las otras que le sirven de base ó á las que deben servir de fundamento.

Nosotros observamos un hecho innegable y general en el espíritu humano, en todas las épocas y en todos los pueblos, á saber: una curiosidad instintiva que le impele á observar las cosas y los fenómenos, á inquirir las relaciones que los ligan y las causas que los producen, en suma, el *cómo* y el *por qué*, y creemos que á este hecho ha correspondido la formacion de ciencias especiales que se proponen satisfacer esa curiosidad, siguiendo métodos más ó ménos aceptables y convenientes: las ciencias físicas y naturales auxiliadas por las matemáticas y guiadas por las psicológicas, han procurado satisfacer esa curiosidad explicando lenta y progresivamente el *cómo* de las cosas; el *por qué* lo han intentado explicar en parte, aquellas mismas ciencias y en parte las filosóficas y metafísicas. Pero en primer lugar hemos observado que con frecuencia se han confundido los límites de unas y otras, penetrando á veces las ciencias positivas en los dominios de la metafísica é inten-

tando otras ocasiones invadir esta última el terreno de aquellas. Sin extrañarnos esta invasion mutua, que es la consecuencia precisa de que el espíritu humano que investiga, es uno y son unas sus facultades, sí creemos que la falta de límites bien definidos entre las ciencias positivas y las metafísicas, puede perjudicar á los progresos de unas y otras.

Por otra parte, el método seguido en la investigacion del órden metafísico, aunque aparentemente análogo al que se observa en el órden físico, difiere mucho de él en la realidad; pues con frecuencia parte de principios *a priori*, mientras en el último se discurre ó debe discurrirse *a posteriori*. Muchos metafísicos en efecto, persuadidos de que el desarrollo de los hechos, era constantemente paralelo al de las ideas, llegaron á creer que con un buen método de deduccion, se podria, al mismo tiempo que las leyes del pensamiento, descubrir las leyes físicas que gobiernan el mundo. Con esta base, la observacion era puramente interna, descuidándose por completo la externa; habiendo llegado algun filósofo, segun se cuenta, hasta intentar privarse de la vista con el fin de filosofar mejor.

Nosotros reconocemos que existe una admirable armonía entre el mundo físico y el intelectual; aun más, que muchas de las leyes físicas que descubre la experiencia, tales como las de uniformidad y causalidad, preexisten como leyes psicológicas en el entendimiento antes de que la experiencia las revele con aquel carácter; que el instinto de la razon y las rectas deducciones de ciertos principios ya conocidos, han descubierto al hombre ciertos secretos del mundo físico, antes de que la ciencia los hiciera más perceptibles, y que en fin, las mismas leyes físicas, se so-

meten á las intelectuales para convertirse en conocimiento, segun la expresiva frase del Sr. Ignacio Ramirez, que en otro lugar hemos citado; mas no por esto creemos que sea posible al hombre elaborar la ciencia en ninguno de sus ramos, ni en la psicología misma, por solo la observacion interna y sin otro auxilio que el del entendimiento: creemos al contrario que, aunque en todo órden de conocimientos tiene que intervenir la razon, en todos tambien tiene que entrar en mayor ó menor grado, la observacion, y cuando sea posible la experimentacion, para adquirir el conocimiento de los hechos que deben servir de premisas á las deducciones racionales. En este sentido nos parece que el método debe ser á la vez *psicológico* y *empírico*, (nunca puramente *especulativo*), y uno para toda clase de ciencias, si bien la naturaleza de cada una de ellas, marca el elemento predominante en la investigacion.

Por eso tras de las ciencias físicas, que indican el *cómo* de las cosas, colocamos las metafísicas que deben revelar su *por qué* y penetrar en su esencia íntima. El espíritu quiere saber lo que son la materia, las fuerzas y las formas, y de dónde proceden; lo que son la vida, las ideas, el lenguaje, los conocimientos y cuáles son su naturaleza y orígen; y avanzando más en esa sed insaciable de investigacion, quisiera penetrar el secreto de la esencia, orígen y destino del espíritu y de la constitucion íntima del Universo. A esto corresponden las ciencias abstractas de orígenes y causas que marcamos en nuestro cuadro con los nombres de Atomogenia, Morfogenia, etc. Asignar el objeto de cada una de ellas, no es declarar ni que tales ciencias estén constituidas, ni ménos aún que ellas hayan resuelto de un modo definitivo los gravísimos problemas que les correspon-

den: es simplemente indicar que las investigaciones de ese género, deben ser la consecuencia de los progresos en todas las demas ciencias, y hacerse además, segun el órden que hemos fijado, por parecernos el más lógico y natural.

Mas no por esto se crea que nada puede todavía decir la inteligencia humana acerca de los objetos de tales ciencias: si instintivamente afirmaron algunos filósofos de la antigüedad, la unidad é indestructibilidad de la materia, hoy pueden afirmarse con mayor seguridad esos caractéres en vista de los datos que han proporcionado las ciencias físicas, y eso es tanto como decir que científica y filosóficamente conocemos ciertos caractéres de la materia; que comenzamos á penetrar en su naturaleza y, por consiguiente, que el objeto de la Atomogenia no es puramente ideal ni inaccesible. Otro tanto pudiéramos decir respecto de las fuerzas, apoyándonos en las teorías científicas de nuestro siglo, que han demostrado su unidad, correlacion y trasformacion; y así tambien respecto de algunos otros objetos de las ciencias de causas. Hacer entrar estas en el cuadro general de los conocimientos, asignarles el lugar lógico que en nuestro concepto les corresponde, y demostrar que no difieren de las demas ni en el método ni en los medios, sino solo en su grado de complexidad y de certidumbre, es el fin que nos hemos propuesto en la presente obra, cuyo desarrollo marcará aun más nuestros propósitos.

Kant en su crítica de la razon pura, se propuso demostrar que esta era por sí misma incapaz de penetrar en el mundo invisible ó metafísico, y á la vez que la experiencia no seria sino un caos sin las leyes del entendimiento;

pero que estas leyes no pueden aplicarse sino á los elementos dados por la experiencia. Combatia pues, la metafísica *a priori*, en lo que estamos de acuerdo, pero á la vez asignaba como único objeto á la metafísica *a posteriori* el de señalar los límites de las investigaciones científicas del saber humano. De ahí deducia; que más allá de la experiencia, la metafísica nada puede hacernos conocer, y que la razon es un instrumento flexible en todos sentidos para servir por sí sola de fundamento á ciertas verdades, como la libertad humana, la inmortalidad del alma, la duracion pasajera ó eterna del mundo, etc., que segun aquel filósofo pueden defenderse ó combatirse con argumentos antinómicos de igual valor, siendo el sentimiento lo que en su concepto, hace inclinar la balanza en pro de la afirmacion de algunos de dichos principios.

Salvo el respeto que nos merece el sabio filósofo aleman, debemos confesar, que si aceptamos por completo su modo de ver respecto de la metafísica elaborada por la razon pura, no creemos que las verdades del órden metafísico, se hagan conocidas y aceptables solo por el sentimiento, aunque la existencia de este sea una prueba más en favor de aquellas. Toda ciencia, como lo hemos dicho en diversos pasajes de esta obra, y como lo admite, de hecho si no en principio, todo el mundo, va mucho más allá de los datos de la experiencia y de la observacion, aunque apoyándose en ellas. Otro tanto creemos que pasa respecto de las ciencias metafísicas que no difieren de las demas, sino en la naturaleza y complexidad de sus objetos, pero que á nuestro juicio, deben partir de la misma base, los hechos positivos. Ahora bien, pretender que esos hechos sean siempre incapaces de darnos luz sobre la naturaleza

y orígen de las cosas, no es solo avanzar *a priori* y temerariamente un principio lógicamente indemostrable,—pues nada sabemos acerca del curso y carácter de los descubrimientos que hará la ciencia en los siglos venideros y que podrán acaso servir de sólida base á concepciones metafísicas bien definidas,—sino que semejante afirmacion es ya contraria á lo que en la actualidad vemos, pues como hemos dicho arriba, es innegable que la humanidad posee hoy mejores datos que en épocas anteriores, para guiar á la razon en muchas de las investigaciones metafísicas.

Si la imaginacion forja aún hipótesis, lo mismo que en otros tiempos, acerca de las cuestiones de ese órden, no cabe duda de que ellas tienen ó pueden tener ahora, un cimiento más firme y científico que las que antes aventuraba la filosofía, separada casi por completo de la ciencia.

Las teorías científicas y las filosóficas, no deben ya distinguirse, sino en la naturaleza de sus respectivos objetos siendo en el fondo idénticos sus métodos y medios de investigacion, á saber: la observacion, y la experiencia para conocer los hechos; el raciocinio para deducir de esos hechos las consecuencias científicas ó filosóficas que rectamente se deriven de ellos. Aun más, si la complexidad y oscuridad de las investigaciones metafísicas, las hace aparecer más dificultosas que las del órden científico, tienen en compensacion otro elemento que, á lo ménos en algunas de ellas, pudiera hacer inclinar la balanza en favor de su exactitud respecto de las teorías é hipótesis puramente científicas. Ese elemento es el mismo que invocaba Kant, es decir, el sentimiento y los instintos, que no deben desdeñarse como pruebas suplementarias, supuesto que forman parte de la naturaleza humana y, por lo mismo, su acuerdo respecto de muchos puntos, debe tener y tiene una elevada significacion.

43.—*Tendencia de nuestra época á poner de acuerdo los principios de la filosofía, con los de la ciencia positiva.*—En todo el curso de este libro, hemos sostenido que la metafísica no ha procedido siempre por el método *a priori*, y para comprobarlo más, bastará solo recordar que las pruebas aducidas en favor de ciertos principios, el de la existencia de Dios, por ejemplo, no han sido puramente metafísicas, sino tambien del órden físico y moral, y sugeridas por la observacion. En nuestros dias principalmente, la metafísica, y hasta la religion, tienden á ponerse de acuerdo con la ciencia positiva, en vez de sostener un antagonismo que hoy seria inaceptable. La primera sin embargo, como puramente racional y no ligada por principios dogmáticos, tiene más libertad de accion y puede abandonar y abandona de hecho, las teorías que antes profesaba, cuando las ve en desacuerdo con las revelaciones bien comprobadas de la ciencia positiva. Esa tendencia característica de nuestro siglo, se revela en la mayor parte de los escritos filosóficos de la época, pues hoy, los metafísicos reacios al progreso científico, y que pretenden adivinar el Universo en vez de observarlo, son contados y ni aun merecen el nombre de filósofos.

La ciencia y la filosofía pareciendo marchar por distintos senderos, siguen casi en realidad iguales rutas y por lo mismo, no debe extrañarse que lleguen con frecuencia á idénticos resultados. Un ejemplo característico de esta verdad, es la teoría de la evolucion, imaginada filosóficamente por varios ilustres pensadores,—entre los que debe mencionarse en primer lugar á Mr. H. Spencer,—y casi

comprobada científicamente por las observaciones y raciocinios *a posteriori* del naturalista inglés M. Darwin. Permítasenos citar las palabras que á este asunto consagra uno de los más ilustrados propagadores del positivismo en México, el Sr. Dr. Porfirio Parra. Dice así:

"Apénas Herbert Spencer habia presentado como hipótesis filosófica la doctrina de la evolucion orgánica deduciéndola *a priori* de ciertos primeros principios, cuando un distinguido naturalista inglés llegaba al mismo punto siguiendo otro camino, cuando presentaba ante el mundo sabio una doctrina idéntica vestida con el traje talar de las hipótesis científicas, induciéndola *a posteriori* de un número inmenso de hechos, observados con esa precision y minuciosidad que es propia de los sabios ingleses. El filósofo y el sabio se dieron la mano; el que especulaba y el que observaba formularon la misma conclusion; uno descendiendo por la escala mágica de la deduccion, y ascendiendo el otro por la elevada montaña de numerosos hechos, se hallaron frente á frente; lo que formuló la razon procediendo *a priori* lo comprobó plenamente la razon *a posteriori*. Los que buscan la verdad de buena fé, los que desoyen los consejos de la preocupacion, más engañosos que el cantar de la sirena mítica, reconocerán cuanto arguye en favor de una doctrina, el consorcio de dos testimonios independientes, y tan respetables como el de un filósofo eminente, y el de un naturalista distinguido." *(El Positivismo. Revista quincenal, pág.* 11.*)*

44. *La idea de Dios existe en el fondo de la conciencia humana, aunque cambie su concepcion y se exprese con diferentes nombres.*—Mucho se ha analizado la cuestion de si es posible la existencia del ateismo absoluto, y en general se ha

convenido en que esto es verdaderamente inadmisible. Suprimir á Dios de la inteligencia humana, equivaldria á tanto como á imaginar que los fenómenos puedan existir sin causa que los produzca. Ahora bien, siendo la causalidad una ley del espíritu, el quererla destruir seria pretension análoga á la de quien quisiera aniquilar la ley de gravitacion, ú otra bien comprobada del órden físico. Podrá cambiársele el nombre, pero la idea permanece en el fondo la misma. "Aunque al extenderse nuestras generalizaciones, dice M. H. Spencer, reducen para nosotros el número de las causas, y hacen las concepciones que de ellas tenemos más y más indefinidas; aunque al reducirse las causas múltiples á una causa universal, cesan de poder ser representadas al espíritu, para el cual se suponen no ser ya comprensibles; sin embargo, la idea de causa permanece al fin como al principio, dominante é indestructible en el pensamiento. El sentimiento y la idea de causa no pueden destruirse sino destruyendo la conciencia misma." *(Primeros principios,* §. 25, *p.* 526.*)*

Si se analizan con atencion las opiniones de todos los filósofos, se verá que en el fondo de ellas aparece la nocion de una ó muchas causas, desconocidas en esencia; pero que en realidad, son la expresion de la idea instintiva de Dios que reside en nuestra conciencia. Cuando se habla del Gobierno mecánico del Universo, se quiere decir que éste está regido por leyes necesarias ¿pero esas leyes que expresan la armonía y el concierto en todos los fenómenos, no las afirma implícitamente el espíritu humano, como una obra inteligente ó, si se quiere, como una causa, pero tambien inteligente?

Niegan algunos las causas finales y las sustituyen con